

La colección UN LIBRO POR CENTAVOS, iniciativa del Departamento de Extensión Cultural de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo, junto con el Departamento de Publicaciones de la Universidad Externado de Colombia, persigue la amplia divulgación de los poetas más reconocidos en el ámbito nacional e internacional y la promoción de los nuevos valores colombianos del género, en ediciones bellas y económicas, que se distribuye como obsequio para los suscriptores de la revista *El Malpensante*.

Este número 20, es una selección de PIEDAD BONNETT para esta colección.



N.º 20

PIEDAD BONNETT

NADIE EN CASA

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA
FACULTAD DE COMUNICACIÓN SOCIAL-PERIODISMO

2006

ISBN 958-710-

© PIEDAD BONNETT, 2006

© UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA, 2006

Derechos exclusivos de publicación y distribución de la obra

Calle 12 n.º 1-17 este, Bogotá, Colombia. Fax 342 4948

www.librosuexternado.com

Primera edición: mayo de 2006

Diseño de carátula y composición: Depto. de Publicaciones

Fotomecánica, impresión y encuadernación: PANAMERICANA,

formas e impresos S. A., con un tiraje de 13.000 ejemplares

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

UNIVERSIDAD EXTERNADO DE COLOMBIA

Fernando Hinestrosa
Rector

Hernando Parra
Secretario General

Miguel Méndez Camacho
Decano de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo

Clara Mercedes Arango
Directora de Extensión Cultural

CONTENIDO

SOLEDAD DE DOS

Tareas domésticas	9
Duermevela	13
Cadenas	15
Soledad de dos	16
Lección de astronomía	17
Sal en la hierba	18
Suma y resta	20
Restos	22
Centelleo del instante	24
Trazo	25

EN CONSIDERACIÓN A LA ALEGRÍA

Canción para mañana	27
Madre e hijo	29
Ocurre	31
El poema	33
Despedida a Lorenzo Jaramillo	35
Del reino de este mundo	37
Carta a Truman Capote	38
A Isak Dinesen	40
Réquiem	41
La noticia	43

De soledades	44
Tarot	47
De un tiempo a esta parte	49
Un otro exilio	51
1492	53

ALTO DEL PEREGRINO

Regreso	54
Arieta	56
No es más que la vida	57
Tiempo	58
Volver al tiempo de los techos altos	59
En consideración a la alegría	60
Tiempos de pesadumbre	62
Para el velorio del niño muerto	64
A la compra	65
Reporte policial	67
Mapa	68
EL AUTOR	69

SOLEDAD DE DOS

TAREAS DOMÉSTICAS

I

Con qué cuidado
y doméstico afán, entre el alba y la ducha,
meticulosamente aceitamos los goznes,
a los grilletes damos brillo, nos aseguramos
que aprieten las cadenas –por si acaso–
que no hagan ruido
sus eslabones. (Se molesta el prójimo).
Con qué aire laborioso
sonreímos a la mañana urgente y caminamos.

II

El sol de enero
corta sus alas sobre tu jardín,
entra por la ventana azul, se posa
en la madera tersa, rompe el lomo
de los libros en línea, A de Aleixandre,
B de Borges, Zeta
de Zorrilla y de Zweig.

El sol de enero
atraviesa cajones con olor a lavanda,
las camisas de seda a la derecha,
arriba el negro, en la mitad el blanco,
atrás la lana, aquí el peltre, allí el vidrio,
y abajo las miserias,
donde nadie las vea. El sol de enero
recorre el viejo orden, sigiloso,
de mayor a menor, de grande a chico,
por países, por género, por número,
por días y por meses y por años,
y va a morir al centro de tu pecho
entre tu corazón encordelado.

III

Tan tuyas y tan mías,
—el gallito
de Portugal, la caja de madera—
tan de nadie en su estar,
en su abandono
a la eterna costumbre de los días,
con su leve capa de polvo,
de ese polvo
que cae sobre tus hombros, sobre mis hombros,
sobre el pecho y la espalda de las horas.
El tintero, la piedra azul,
—¿de dónde la sacaste?—
puestos por Dios ahí, desde el principio,
en la repisa aquella que compraste
en los tiempos del sueño, del relámpago.
Pesadas como un sueño antes del alba,
o inútiles, ligeras, como aquellas
mentiras que me dices a veces, atediadas

por siempre, inexistentes,
no oyen crecer la extensión del silencio,
ni el roce indiferente de las manos,
no oyen la lluvia afuera y sus bostezos,
ni el trabajo del tiempo en su materia,
en el hierro, en el lino,
en la madera,
en el alma porosa de los años.

IV

Una mano grave, pausada,
quita el polvo con un plumero alegre,
barre el zaguán, el tedio que se hamaca,
coloca su paciencia en la camisa,
lava con humildad, y en las burbujas
ve la cara de Dios y ve su propia cara.

DUERMEVELA

Antes de que lleguen los sueños donde espero

soñarte

viene al galope

el oscuro tropel de los deseos.

Como musgo que nace de la piedra

del olor de mi piel nace tu piel

y de mi pecho surge tu latido.

Conjura mi deseo tu cuerpo hecho de sombra

y en mi boca tu boca siembra un río.

La noche es hoy tan negra y silenciosa

como debió de ser esa otra noche

cuando el viento de Dios aleteaba

sobre las aguas y el mundo era caos.

Y mientras de mi ardor se alza tu carne

puedo sentir también

todo cuanto contiene mi cuerpo, el palpitante

mecanismo que algunos llaman vida:

la sangre que golpea,
el fuego de la médula, los sordos
procesos de mi rígido engranaje.
Todo allí lentamente se desgasta;
su marcha fatigada puedo oír esta noche,
el murmullo inocente de sus ritmos secretos.
Por un instante aún
el deseo persiste en ser deseo.
Pero la noche ahora es hueca como un cuenco
y el palpito en mis sienes, su tic tac incesante,
llama al miedo.

CADENAS

Como un niño obstinado
que persiste en salir del laberinto
deambulas noche a noche por mis sueños.
Con el alma encogida yo te sigo
sabiendo que más tarde o más temprano
tú encontrarás la puerta y yo el olvido.

SOLEDAD DE DOS

*Suena la soledad de Dios. Sentimos la soledad
de dos. Y una cadena que no suena,
ancla en Dios almas y limos.*

BLAS DE OTERO

En las tardes lluviosas
en que las bombillas conquistan una a una su espacio
[desconsolado,
en las madrugadas traspasadas de suspiros,
de murmullos ahogados por los ruidos metálicos en las cocinas,
cuando entras en mi noche armado hasta los dientes
y colocas tu espada entre mi cuerpo y tu cuerpo,
cuando ya no es posible caminar, ya no es posible detenerse,
ya no es ni siquiera posible sentarse a soñar,
se oye la soledad de Dios,
sentimos el silencio de dos quebrando los sonidos del mundo.

LECCIÓN DE ASTRONOMÍA

Mientras extiende el cielo el mapa de sus constelaciones
tu voz señala el rumbo de Orión,
el millón de años
que demora la infancia de una estrella,
los doscientos millones de años luz
entre Perseo y este globo rojo
en donde un día sigue a otro día.
Callas desde tu orilla y los minutos
caen, y poco a poco van abriendo
un pequeño agujero en la arena del tiempo.
En silencio
sólo se oye el tum-tum de mi latido
tan remoto y tan triste como un quasar.

SAL EN LA HIERBA

*A la noche que entra no pertenece, Lidia
el mismo ardor que el día nos pedía.*

FERNANDO PESSOA

Si los domingos eran blancos y eternos como
un sueño de Dios,
si no había lunes
y las sábanas revueltas eran las únicas nubes
domésticas,
si los astros, la cábala, el tarot,
las líneas de tu mano y de mi mano marcaban
un destino feliz, ¿qué iba a pensarse
en este reguero de polvo, en este desastre minúsculo
que viene a desquiciar el universo?
Que iba a llegar el tiempo de la sal en la hierba,
de los frutos cayendo con el sonido hueco de
aquello que se pudre,

los días erizados de vidrio que sorteamos descalzos, de puntillas,
que iba a llegar el tiempo despojado, desierto,
¿quién iba, pues, a saberlo?
Mas es pueril ahora que se hable de estas cosas
pues apenas nos quedan, como en los despertares,
unas pocas imágenes que a nadie dicen nada,
si ya se desprendieron las puertas de sus goznes
y el musgo empieza a apoderarse de las piedras,
y en esta fotografía lucimos tan ajenos, tan
distantes,
como dos bisabuelos cuyo nombre ignoráramos.

SUMA Y RESTA

Nace el cuerpo a la luz
relámpago del hombro
repentino
por la espalda resbala
el muslo tenso
curva el arco del pie viril
asciende
se enmaraña en el sexo
repta
anuda un brazo de mujer
sombra del cuello
oquedad de la nuca que recoge la noche
caracol del abrazo
de dos que suman uno
línea recomenzando sin principio ni fin
como un capricho
trazado por un dios sobre la sábana

y sin embargo
dos sueños como alas escindidas
y en el centro
el cero abriendo sus caminos de aire.

RESTOS

Una luna
hecha con las ariscas arenas de los ríos,
(no esta falsa
luna de la ciudad, pálida y frágil)
que inunda un horizonte de penumbra.

Una mujer borracha
que hiere con amor a un hombre turbio.

El ruido de unos pasos
de madrugada, en la calle desierta.

Los ojos húmedos de los caballos,
su crin de fuego en una servilleta.

Hablabas con fervor,
como esos viejos
contadores de historias junto al fuego.

Un olor,
dulce olor del amor, fugaz y eterno.

Una canción.
Un hombre que se acerca y que sonrío.

Apenas un puñado de gestos,
unas pocas
palabras arañadas sobre un muro,
y la llovizna, la miseria, el polvo.

CENTELLEO DEL INSTANTE

*Unas veces las manos se tocan
y otras ni siquiera se tocan.
Los ojos sí se tocan
o algo que está atrás de los ojos.*
ROBERTO JUARROZ

Cuando a pesar de los hábitos inútiles,
de los tristes rituales,
de la terca ceguera que nos lleva
al tanteo a los viejos rincones,
abruptamente
una mirada toca otra mirada,
toca su oscuro fondo y temblorosa,
plena de desnudez, resbala en ella
como una perla cae a una garganta,
el centelleo del instante ilumina
aquello que los hombres buscamos desde siempre
y que los dioses mezquinos se obstinan en no darnos.

TRAZO

¿Cómo era, Dios mío, cómo era?

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Inútilmente inventa la palabra tu rostro
trizado por el relámpago del tiempo,
y en el papel se detiene tu gesto en pleno vuelo,
cae como una pluma en la memoria.
Si tuviera una fotografía tuya
sería familiar como mi vieja máquina
y estaría suspendida en mi hora y en tu risa
con la apacible mansedumbre de los objetos
dormidos.

Pero sólo tengo tu nombre
y una lluvia menuda sobre la frente y el pecho.
Ya no sé si tus ojos eran oscuros
o dorados como el corazón de los tigres o como
la arena,

pero no me entristecen las trampas de la memoria
porque aún sé de mis naufragios en tu agua
serena y dulce.

Y si tu piel era blanca como la nostalgia de los
ahogados, ya no recuerdo.

Pero hay mañanas en que bajo mis labios
siento correr tu cuello como un río,
tu brazo que abre el círculo del día.

Desiste entonces mi mano de la inútil tarea
porque la realidad ya no te necesita,
porque te has hecho eterno en la imperfecta
materia de los sueños.

EN CONSIDERACIÓN A LA ALEGRÍA

CANCIÓN PARA MAÑANA

Hoy

que me he puesto mi vestido nuevo y me paseo
entre gentes ruidosas, atareadas,
y que el mundo parece seguir el plan trazado,
su comba en forma plena, con la máscara puesta,
hoy que Dios ha asomado puntual a mi ventana
y me ha dado solícito mis gafas y mi pluma,
puedo soñar mi muerte (usted tendrá la suya)
mientras miro la vida pasar por mi ventana.

Mi muerte con su sábana y su dolor de golpe,
mi muerte en plena calle con la sonrisa puesta
y el libro en el bolsillo,
pero tal vez espinas en los ojos y agujas en las uñas,
y la sonrisa colérica de la bella enfermera,

y el algodón de sangre y las tijeras,
y un pedazo de cielo en la ventana,
un cielo que tendré que aprender de memoria
para llevarlo conmigo a donde sea.

Mi muerte con su olor y sin tu mano.
Mi muerte con su astilla y sin tu cuello.
Mi muerte y su responso y su esperanza.
Mi muerte sin yo misma, ¡qué tristeza!

Hoy,
que todo va bien,
que todo el mundo apuesta, pone su firma, suma,
puedo soñar mi muerte,
esa mi sola muerte,
sola,
sola.

MADRE E HIJO

El poeta
bebe el agua del Tigres y del Eufartes,
se desvela y a veces tiene caspa,
y en los salones tiene reservado su puesto
y los zorros lamen su mano antes de huir espantados
por el bronco sonido de su verso.
De púas, de cuchillos, es la piel del poeta.
Con el despertar de la luz sangra la piel del poeta.
A veces, desalado, silencioso,
desierto de los pies a la cabeza,
anochece de bruces en su cama.
La envidia del poeta es amarilla,
su ilusión es azul como un cielo sin guardas.
A ratos a sí mismo se devora, se corta en pedacitos, se reparte,
se mira en el espejo, escupe, llora
sobre los baldosines de la infancia.
El poeta envejece, engorda, eructa,

y en ocasiones el poeta muere.
La poesía, que es inmortal, lo mira desde arriba,
ciega de luz y ajena como una estrella antigua.

OCURRE

Ocurre
que un día voy amando sin ton ni son a todos.
Al vendedor,
al ciego (le compro una estampita),
a la señora gorda, al químico y al sastre,
a todos voy amando con un amor sin bordes,
un amor de Dios manso y justo, si lo hubiera.
Pero también ocurre
que el alma, madrugada,
es como un nervio expuesto a una tenaza.
Y hay escalones falsos
y el amigo que amamos rehúye la mirada,
Caminamos sombríos
sabiendo que el mesero escupe en nuestro plato,
que el profesor calumnia a su colega
y la enfermera
maldice al desahuciado y le sonrío.

Y ocurre
que un día me conmueve la llaga del mendigo,
y extendo mi sonrisa como un tapete nuevo
para que todos pisen
y se limpien el barro de los pies maltratados,
y la muchacha baile su vals de dos centavos,
y el cartero sacuda sus zapatos deformes.

Ocurre
que al despertarme recuerdo un amigo
que murió hace ya tiempo,
o veo llorar una mujer viajera
en el amanecer, ¡y es tan hermosa!
Y el amor se atropella, se amotina,
y voy amando a todos sin ton ni son, a todos.

EL POEMA

*El mayor enemigo de la poesía
es el poema*

VICENTE HUIDOBRO

Anterior al poema el árbol en la arena, iluso
faro de las focas marinas.

Anterior al poema, el grito,
El beso de los adolescentes, sus manos que se
buscan en el sopor del verano.

Anterior al poema, inútil como un prendedor
sobre el pecho de una muchacha, la luna.

El árbol,
el grito,
el beso,
la luna,
hechos plegaria en medio del poema,
hechos de sal, de sombra, de metal, de hueso,
en medio del poema,

desesperadamente, rabiosamente plantados en
 medio del poema,
árbol de oes,
grito de aes,
beso de ues,
luna de papel.
Sobre la arena el árbol persevera.
Dentro del alma el grito persevera.
Y los besos se multiplican en el aire y la luna
 impasible canta su aria
sobre el cielo de tinta del poema.

DESPEDIDA A LORENZO JARAMILLO

Dejas
lo que llamamos mundo:
los ríos impasibles, tumultuosos
cementerios de dioses,
la furia de las avispas ciegas,
el murmullo
de la savia trepando hacia la luz,
la roja tierra
donde habita el zulú que nunca viste.
Pero a ser fieles
dejas de veras el calor del lecho,
la incertidumbre matinal,
el olor a aguarrás y a trementina,
una calle en tu tarde y otra calle
de tiempo, caminada
por unos pocos hombres. Eso es todo.
Con un rostro reciente, construido

a la medida exacta de la muerte,
material, como un nudo de algas sobre una playa,
comienzas a ser cedro y a ser trébol,
a ser nube que llueve en nuestras frentes.

Despojado,
desnudo, en las manos la cuerda
del falso equilibrista,
te vas tan solo como puede irse
un hombre muerto:
solo apenas tanto
como puede quedarse un hombre vivo,
como puede nacer, a cada instante, un hombre.

DEL REINO DE ESTE MUNDO

Hablo

de la muchacha que tiene el rostro desfigurado por el fuego
y los senos erguidos y dulces como dos ventanas con luz,
del niño ciego al que su madre le describe un color

[inventando palabras,

del beso leporino jamás dado,

de las manos que no llegaron a saber

que la llovizna es tibia como el cuello de un pájaro,

del idiota que mira el ataúd donde será enterrado su padre.

Hablo de Dios, perfecto como un círculo,

y todopoderoso y justo y sabio.

CARTA A TRUMAN CAPOTE

¿Y quién supo ni sabe, viejo Truman Capote?
Ellos, ¿qué van a saber ellos?
Vozna tu carcajada desde el cielo
estridente y feroz, pequeño buitres
de rojo corazón.
Ellos le temen
a tu mirada azul, limpia, perversa
y perpendicular
como una guillotina sobre el cuello.
¿Qué pueden saber ellos
del olor de la ropa de esa chica
que cruza su domingo almidonado
en un pueblo del sur hecho de polvo?
¿Han oído tal vez
la voz del asesino rezar junto a la horca
con un murmullo suave como el roce de un ala?
¿Saben que a veces un hombre se muere

de madrugada, y renace al almuerzo
sólo para morir dos veces en la noche?
Tú sabes que no saben.
Desde tu nada oscura ahora lo sabes todo
y sonrías escéptico,
maligno y triste y tierno, viejo Truman Capote.

A ISAK DINESEN

Tu voz, honda y serena, transparente
como el agua de ríos primordiales,
brota en la espesa noche y cae al alma
y cae al corazón.

Tu leve gesto
desde el fondo del libro alza su vuelo,
y es como si un paréntesis se abriera
en la africana tarde silenciosa.

Con los zapatos llenos de agujeros
te veo atravesando la llanura
o las rosadas calles de Nairobi
alta de luz y frágil como un ciervo.

Hermosa y digna vas tocando puertas,
dulce reina arruinada y pesarosa.

En la página se oye tu suspiro
y tu infinito amor triza la noche,
llega hasta mí,
restaña mis heridas.

RÉQUIEM

Resulta
que ya nada es igual, nada es lo mismo,
que algo se ha muerto aquí
sin llanto,
sin sepulcro,
sin remedio,
que otro aire se respira ahora en el alma,
patio oloroso a humo donde cuelgan
tantos locos afectos de otros días.
Tendría que decir
que ha llovido ceniza tanto tiempo
que ha tizado por siempre las magnolias,
pero es pueril la imagen y me aburro.
Me aburro dócilmente, blandamente,
como cuando era niña y me tiraba
a ver pasar las nubes,
y la vida

era larga como una carrilera.
Ahora el tren da la vuelta y unos rostros
borrosos me saludan desde lejos:
yo amé a aquel hombre que va hablando solo.
Aquel otro me amó y no sé su nombre.
La tarde se silencia y todos parten.
Soy yo la que hace tiempo ya se ha ido.

LA NOTICIA

Por la ventana abierta el día es día como
siempre,
o noche, que es igual,
y el árbol tiene la mansedumbre de las cosas
ya vistas
y el orden de la mano va del número,
cuando la ola entra alocada, dando tumbos,
tan caliente
que ahoga el pequeño pájaro que anida en la camisa,
tan fría que congela un río de palabras,
la ola con su paréntesis vacío para siempre
que viene a recordarnos que vivir era eso,
que hacia este lugar desde siempre veníamos.

DE SOLEDADES

I

Parado sobre el quicio de sus días
detiene el hombre el paso, repentino,
con su sola ventana y su horizonte
despoblado de voces y de abrazos.
En su precaria esquina, con la frente abismada
y un montón de recuerdos inútiles, de olores,
de imágenes borrosas y de besos
que quisieron posarse y se quedaron
flotando, boquiabiertos, en el aire,
muerde su labio y calla.
Porque un llanto lejano lo persigue
en la huérfana luz de la mañana,
perplejo y sin canciones calla el hombre.

II

Con mi fardo de amor yendo y viniendo
y el corazón en venta y la mano extendida,
y el amigo sin lumbre y de ceniza
y el hermano un apenas de otros días
y el amante sin lecho, sin palabra,
y el mundo entero sordo
y mudo,
el mundo entero.

III

Hoy va el alma cabizbaja
como una chica fea que han plantado
a la entrada de un cine
y de regreso a casa
piensa que debe hacerse su comida.

Hoy va el alma tropezando con las piedras
y detrás de los muros oye risas

y canciones pueriles, quizá besos.
Lleva un cencerro al cuello
esta pobre alma mía esperanzada,
pero han puesto cerrojos y candados,
crucificado puertas y ventanas.

TAROT

Rebeca Pizarro era silenciosa como un lago

nocturno

en cuya superficie caen

graves, profundas,

las rocas que oscuros moradores arrojan.

Cabalgaba en el aire altanero con su coraza

puesta

y la espada en reposo,

dura como su nombre y frágil en su llama.

En sus ojos azules habitaba el misterio del

mundo.

Oficiaba de maga y en su luna

vio mi futuro feliz, mis insensatos

miedos que la hacían reír,

y mientras iban cayendo la emperatriz, el loco,

la papisa,

adivinó mi muerte doméstica y lejana.

Abría su pañuelo de estrellas con sus manos
de niña
y entre el cubiletero y la papisa
vio un hombre que me espera no sé dónde,
y descubrió la sal y el yodo de mis años.
Mi brújula de hielo se extravió en su planeta
y naufragué en el pequeño pozo de su ternura.
Pero somos oscuros,
somos sombras,
y la vida es apenas un puñado de gestos.
A veces, desde el tiempo muerto de los espejos
mi dedo la dibuja en la arena del sueño.

DE UN TIEMPO A ESTA PARTE

De un tiempo a esta parte
algo nos abandona día a día,
secretamente y en puntillas
para que no haya sobresaltos inútiles,
vanos anuncios de imprevisibles efectos.
De esta manera,
al desayuno, de golpe, comprendemos que algo
 ha cambiado en la noche,
que irremediablemente hemos olvidado ese verso,
que el lustre de la piel se ha quedado prendido
 de las sábanas,
y en nuestros huesos crece ahora un murmullo,
un germinar de números,
y si callamos
podemos oír las pequeñas catástrofes del alma,
un ruido como de pedazos que caen
irremediablemente y sin estruendo.

De un tiempo a esta parte
hay un eco de adioses y derrumbes,
pero tal vez somos nosotros los que estamos
partiendo,
pisando los rosales que cultivamos un día.

UN OTRO EXILIO

En la tarde vidriosa de un enero en París, entre las asperezas de la fiebre, un hombre largo y negro como un árbol ve nacer los campos de cacahuetes, de cara a la pared manchada de humedad, aspira el aire de mimosas que nace en las llanuras de Senegal.

En un quilombo del Río de la Plata, en una lengua llena de sobresaltos, un hombre habla de vides y campanas a un grupo de troperos silenciosos que no pueden saber que está llorando.

En una espesa cocina del Caribe, con trigo y hierbabuena una mujer dibuja a su madre, reconoce a su hermano, con aceite de olivas bautiza a sus hijos.

En Central Park seis ancianos judíos bailan la polonesa tomados de la mano y es como si de sus pechos brotaran hayas y alisos.

En un cárcel de Idaho un hombre se desvela de cara a la pared, sueña con unos brazos olorosos a caña, vuelve a sentir el vaho caliente que se levanta de los platanales.

Desde mi territorio agotado en su límite, mi sangre corre a un país imaginario del que he sido expulsada, mi sangre condenada se alza sobre las lágrimas porque no acepta su exilio de siglos.

Aturdido de sol, de lejanía,
atediado en la proa y en la popa,
lentos de sal los labios, los sueños, la mirada,
hartos de vino y hartos de cecina,
con las encías rotas, con el alma de bruces,
buceando, maldiciendo, recuperando a ráfagas
el olor de un establo y una calle lejana,
no oye que entre la mar de líquenes cargada
y el cielo pesaroso, con voz ronca
un hombre estremecido grita ¡tierra!

ALTO DEL PEREGRINO

REGRESO

Callan de pronto los abrazos
pues ya no sabe nadie qué decir,
tanto ha mordido el tiempo desde entonces.
Algo entorpece el aire, algo vacila entre la
 vieja silla
y el gesto de la mano,
y la sonrisa del recién llegado
es como el santo y seña de un hombre que ya
 ha muerto.
Hay, es verdad, una tarde fatigada de sol en
 la memoria,
y en el umbral de ayer
una madre doblando cada cosa,
doblando pena a pena con su casi sonrisa.

¿Pero quién dice nada, quién echa al mar
las redes,
quién desata los cabos que ha ido atando el
tiempo?

ARIETA

Tengo en el alma un hermano
que a veces viaja a mi sueño
desde su país lejano.

Trae la luna en su mano
y en la bruma de los sueños
es niño otra vez mi hermano.

Sin embargo al despertar
en la noche sorda y sola
oigo la luna llorar.

NO ES MÁS QUE LA VIDA

*Si alguien pregunta díganle
aquí no pasa nada, no es más que la vida.*

ELISEO DIEGO

En la parsimoniosa tarde que acurruca
su sombra en el rincón y estalla afuera
en un grito infantil
sin una nube
 que atrape la pelota
cada uno en lo suyo
la muchacha
que busca el Indostán volcada sobre el Atlas
la música del aire detenida
y entre la luz y el alma
aleteando
algo que roza la mejilla y arde
(O quizá sea el corazón de trapo de la dicha).

TIEMPO

Cada vez más lejano lo lejano.

El hoy

es un colibrí trémulo en el aire
y el aire es la materia del mañana.

Ayer, ayer me estoy buscando y me extravió
por cuartos en penumbra y corredores
donde hace siesta el sol de los geranios.

Ayer estoy de vuelta y esculcando
en los rincones todos de mis días

a ver si estoy allí, qué cara tengo
sentada en la cocina, junto al fuego,

Pero solo me mira una niñita

comiéndose su pan. En el patio empedrado
el tiempo ha muerto antes de haber nacido.

El hoy

es un colibrí trémulo en el aire
y el aire es la materia del mañana.

VOLVER AL TIEMPO DE LOS TECHOS ALTOS

Volver al tiempo de los techos altos, de las vigas de sombra,
a los cielos sin nubes
donde princesas besan la frente de los sapos,
y abismarse al solar donde la piedra
aporreaba canciones lavanderas.
Y que la tinta
huela a tinta y brille
toda la luz en medio del crisol,
cri-sol que era el milagro abierto en la palabra,
de bruces, holgazana y acodada
en la tarde leída letra a letra.
Y orinar lentamente en una esquina
del patio, entre azaleas
que esperan mayo, antes que venga alguno,
y cerrando los ojos lloviznados
sentir que corre el chorro azul de la inocencia.

EN CONSIDERACIÓN A LA ALEGRÍA

A qué llorar, me digo,
todo estaba previsto,
me muerdo las falanges
los asombros por qué

miro la luna
ajena y sola y sobria en su talante

si desde siempre
desde el nacer, desde el morir y en cada hora
pacientemente crece el hilo, crece,
y también crece
la baba del gusano y esta piedra
atravesada aquí,

bebo y saludo
y soy cordial con mi vecino ciego

pues no son estos tiempos dados a patetismos,
ni es elegante
exhibir el dolor.
A qué llorar, me digo:
sería
inoportuno con la muchedumbre
que ríe afuera con su risa de siglos.

TIEMPOS DE PESADUMBRE

Pongo mi corazón sobre esta mesa,
transido, desatado, hondo de pena.

Qué tirante y azul el cielo con su ojo.

Pero este oscuro dardo en el costado,
el látigo chirriando
y la espuela que quema la mejilla.
Y este dolor aquí,
este dolor de todos,
su rostro contra el polvo y este llanto.

Pongo mi corazón sobre esta mesa,
impúdico, aterido con sus clavos.
Un viento atolondrado
despeina en mi jardín el algarrobo.

Pero
y esta piedra en el pecho,
y este piso de erizos, y el mordisco rabioso,
y esta taza en pedazos que nos corta los dedos.

Mi corazón se obstina y el sol calienta afuera,
y tan sólo callamos con la mano en la frente.

PARA EL VELORIO DEL NIÑO MUERTO

Para el velorio del niño muerto
han planchado los hombres su camisa
y el luto de la brisa
golpea puerta a puerta barrio abajo
endomingado y sordo de campanas.
Hay un hueco en el vientre de las mujeres,
y trepa las paredes
la luz anonadada y vespertina
mientras en las cocinas
amarga ha detenido su sombra el humo.
Hombro a hombro va la resignación estupefacta
y llora la cebolla y llora el delantal.
La mirada de cal
ya no tiene cometa ni hambre al desayuno,
y todo el mundo sabe que mañana
es lunes albañil.

A LA COMPRA

Había que ver
por el camino de la sombra al mercado,
de qué desparpajada manera
y sin bufanda
pese al frío del mundo, al grado cero,
a la escarcha
que cubre mi aterido lado izquierdo,
iba el amor mostrando sus cien dientes,
pintando el corazón de los melones,
derramando la leche en las cocinas.

Había que ver
cómo parloteaba a diestra y a siniestra,
qué jactancioso
alunado en los bancos de los parques,
en las comisarías,
en la plantita azul regada con esmero,

en el tarro leproso y en el murmullo de las
cañerías.

No sé,
qué opina,
amor para el cajero y la cajera,
el gato en el alero y la bombilla,
superávit de amor, amor a chorros,
y yo apretando apenas mi moneda,
no la fuera a perder
en el camino de la sombra al mercado.

REPORTE POLICIAL

*que tanto cuna cuanto tumba es siempre
para quien acá nace, vive y muere.*

CARLOS GERMÁN BELLI

En el atrio
la novia muerta
tiene una rosa negra, rosa de sangre,
entre la espumarada de su traje.
Sobre la roja alfombra
el novio muerto
tiene ya aire de esposo, aire de padre,
y un agujero triste en medio de la frente.
¡Qué huérfano el arroz sobre el pavimento!
Y qué desconsolada la voz de la campana,
y qué impotente el pico de las palomas
que aparta a palmotazos el juez,
arrodillado.

MAPA

En un hangar vacío un hombre muerto.
En un vagón donde la hierba muele su sombra,
en una escuela,
crucificado,
ardido,
un hombre muerto
con un nombre inservible como un cántaro roto.
Un hombre muerto de cara a la luna,
o de bruces quizá, como un chico rabioso
anonadado y solo, cejijunto,
un hombre muerto-muerto a pesar suyo.
Sin talismán, sin aire, sin esperma,
un hombre sin domingo por la tarde
muere a las dos,
muerte a los dos y media,
muere tres veces hoy y seis mañana
de muerte natural en esta guerra.

PIEDAD BONNETT es licenciada en Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes, profesora en esta Universidad desde 1981 y tiene una maestría en Teoría del Arte y la Arquitectura en la Universidad Nacional de Colombia. Ha publicado seis libros de poemas. Con el primero de ellos recibió mención de honor en el Concurso Hispanoamericano Octavio Paz, y con *El hilo de los días* ganó el Premio Nacional de Poesía otorgado por el Instituto Colombiano de Cultura, Colcultura, en 1994. Tiene además tres antologías, la última de las cuales, *Lo demás es silencio* fue publicada en España por Editorial Hiperión en 2003.

PIEDAD BONNETT es autora, además, de cuatro obras de teatro montadas por el Teatro Libre bajo la dirección de RICARDO CAMACHO y de dos novelas: *Después de todo*, publicada en 2001 y *Para otros es el cielo*, 2004, un libro de entrevistas a escritores y un diccionario de términos garciamarquianos. Cuentos y ensayos suyos han sido publicados en distintas revistas y periódicos del país y del extranjero.

COLECCIÓN UN LIBRO POR CENTAVOS

1. *Postal de viaje*, Luz Mary Giraldo
2. *Puerto calcinado*, Andrea Cote
3. *Antología personal*, Fernando Charry Lara
4. *Amantes y Si mañana despierto*, Jorge Gaitán Durán
5. *Los poemas de la ofensa*, Jaime Jaramillo Escobar
6. *Antología*, María Mercedes Carranza
7. *Morada al sur*, Aurelio Arturo
8. *Ciudadano de la noche*, Juan Manuel Roca
9. *Antología*, Eduardo Cote Lamus
10. *Orillas como mares*, Martha L. Canfield
11. *Antología poética*, José Asunción Silva
12. *El presente recordado*, Álvaro Rodríguez Torres
13. *Antología*, León de Greiff
14. *Baladas - Pequeña Antología*, Mario Rivero
15. *Antología*, Jorge Isaacs
16. *Antología*, Héctor Rojas Herazo
17. *Palabras escuchadas en un café de barrio*, Rafael del Castillo
18. *Las cenizas del día*, David Bonells Rovira
19. *Botella papel*, Ramón Cote Baraibar
20. *Nadie en casa*, Piedad Bonnett



Editado por el Departamento de Publicaciones
de la Universidad Externado de Colombia
en mayo de 2006

Se compuso en caracteres Garamond de 10 puntos
y se imprimió sobre papel periódico de 48.8 gramos,
con un tiraje de 13.000 ejemplares.
Bogotá, Colombia

120 años de educación para la libertad

